

por sus beneficios, sea; mas se nos permitirá, sin embargo, creer que un santo habría podido vivir en rigor con ménos de 48.000 ducados de renta (1). El hermano del cardenal obtuvo, á guisa de colocacion, la mano de la hija del duque de Urbino, con esperanzas del principado de Camerino. Su hermana se casó con un Gonzaga, cuyo padre tenía una renta de 50.000 escudos. Hé ahí una rama de la familia pontificia bastante bien acomodada. Pasemos á los sobrinos que tenía el papa en Alemania. El mayor, Anibal, hizo un ventajoso matrimonio con la expectativa de un principado en el reino de Nápoles; y al segundo le dió un obispado, haciéndole esperar el capelo de cardenal. Quedaban los Serbellonis, hermanos paternos del papa, en número de cinco. El primero tuvo un obispado, despues fué cardenal y por último legado de Spoleto; el segundo fué nombrado capitán de la guardia del papa; el tercero, despues de haber mandado el castillo de Sant-Angelo, vistió sotana para llegar al cardenalato; el cuarto estaba en el ejército y esperaba una buena ocasion; en cuanto al quinto, parece que con la mejor voluntad no había manera de hacer de él cosa alguna. No se limitó Pío IV á colmar á su parientes de dignidades y honores; procuró tambien ponerlos en estado de mantener un rango conforme á su posicion, y les dió al efecto dinero, y á falta de numerario, beneficios. En su impaciencia por favorecer á sus queridos sobrinos, el papa procuraba hacer vacantes, solicitaba renunciaciones; y ¿quién se podía atrever á negar algo al vicario de Dios? Siendo tan generoso con sus hermanos y sobrinos, ¿cuál no debía ser su prodigalidad para sus hijos? Pero aquí se calla la historia: no conviene que un sucesor de San Pedro, un papa restaurador del catolicismo, tenga bastardos (2).

¿Quién creería que Pío V, el santo papa por excelencia, hubiera tenido debilidades para su familia? No hay que decir que el imperioso pontífice no se dejó dominar por sus sobrinos. Sin embargo, dió á uno de ellos el capelo de cardenal, y le proporcionó una renta de 25.000 escudos. Otro, de galeote de corsarios, pasó á ser capitán de la guardia pontificia, y Pío V le regaló un palacio y 1.500 escudos de renta (3). Es poca cosa, y se puede decir que el Santo Padre escatimaba; pero no es tanto

(1) SORANZO, en ALBERI, II, 4, 92.

(2) MOCENIGO, en ALBERI, II, 4, 52-54.

(3) TIEPOLO, en ALBERI, II, 4, 177 y siguientes.

el dinero que prodigaba á los sobrinos lo que hace la vergüenza del miserable régimen que se llama nepotismo, como el principio seguido por este santo personaje, de que todo papa debe elevar á su familia y engrandecerla. El principio de sus frutos.

Gregorio XIII, el papa que festejó la Saint-Barthélemy, tenía un bastardo, su primera y única afeccion, llamado *Tiepolo*. Nada más natural, añade el embajador veneciano, nada más legítimo. El papa era tambien de esta opinion; y apenas subió á la silla de San Pedro, nombró á su hijo gobernador de la Santa Iglesia y le aseguró una renta de 10.000 ducados. Pero había en Roma gentes celosas que despertaron remordimientos en el soberano pontífice, y había motivo para ello. Celebrar la matanza de los hugonotes con fuegos artificiales se comprende en un hombre cegado por el fanatismo; pero que este mismo hombre se aproveche de su advenimiento al trono pontificio para enriquecer á su bastardo, forma un singular contraste con el fanatismo: ¿quién no estaría tentado á creer que era hipocresía? Gregorio cedió á las advertencias de las gentes místicas que le rodeaban, y regaló á su hijo á Ancona. Pero no se relegan fácilmente los sentimientos que impone la naturaleza: el papa acabó por arrepentirse de su excesiva severidad; el corazon de padre venció los escrúpulos del Santo Padre. Emparentó á su hijo con la casa de Sforza, y celebró las bodas con un esplendor que con razon se puede calificar de escandaloso; los grandes y los príncipes se apresuraron á hacer regalos á la nuera del papa; y despues, el afortunado hijo del vicario infalible de Dios fué colmado de dignidades y de favores: recibió en dinero, en alhajas y en bienes de toda clase más de 120.000 escudos. "El señor Jacobo, escribe *Tiepolo* en 1576, tiene por el momento 12.000 escudos de rentas eclesiásticas, 5.000 de pensiones territoriales; y el rey de España, para atestiguar que merece el título de rey católico, da al bastardo del papa una pension de 6.000 escudos. Esto no es más que un comienzo, añade el embajador veneciano; el *Signor Giacoma* puede esperar cada dia nuevos favores de su padre, porque el soberano pontífice ha desechado el temor de la opinion pública que hasta aquí le contenía,, (1).

(1) ALBERI, II, 4, 219-221.

Sixto V, el papa que lanzó sus rayos contra el más amado de los reyes, siguió las huellas de sus santos predecesores. El nepotismo había llegado á ser un sistema político en la corte de Roma, si se puede dar tal nombre á un régimen que conculca toda idea de gobierno (1). Sixto V, hijo de un portués, puso todo su cuidado en enriquecer y engrandecer á su familia: elevó á uno de sus sobrinos al cardenalato, y le dió una renta eclesiástica de 100.000 escudos; casó al otro con una Somaglia, y le hizo marqués de Mentova, príncipe de Venafro y conde de Celano. Gracias á esta diplomacia matrimonial, la humilde familia de los Perettis brilló en el primer rango de la aristocracia romana. Clemente VIII, el rudo adversario de Enrique IV, no tuvo freno ni medida en los favores que prodigó á sus sobrinos: los Aldobrandinis no tardaron en igualar y sobrepasar á los Perettis. Pedro Aldobrandini en 1590 tenía ya 60.000 escudos de renta, é hizo valer su dinero como verdadero Romano: compró, capitalizó. Su inmensa fortuna pasó á Francisco Aldobrandini, general de la Iglesia, quien, por su parte, tenía en 1599 una renta eclesiástica de 60.000 escudos. No cesó el papa de hacer liberalidades á sus sobrinos: aparte ricos beneficios, les dió más de un millon en especies.

Así se abrió el camino del más vergozoso favoritismo con el ejemplo y la autoridad de los papas que se cuentan entre los mejores de la reaccion católica. ¿Cómo extrañar que otros menos escrupulosos los imitaran sin pudor ni vergüenza? Paulo V, dicen los historiadores, se impuso la mision de realzar la libertad de la Iglesia, es decir, la soberanía que el papado había usurpado al Estado. ¿Era para la salvacion de las almas para lo que quería la dominacion como Gregorio VII? Sería una injuria para el gran papa del siglo XI comparar con él al pontífice del siglo XVII. Paulo V trabajaba mucho más por el poder de los Borghesos que por cuidarse de sus deberes espirituales: era el egoismo de familia en toda su estrechez, en toda su brutalidad. En 1612, los beneficios del cardenal Escipion Cafarelli Borgheso le daban una renta de 150.000 escudos. Las dignidades laicas fueron conferidas á Marco Antonio Borgheso: el papa le

hizo príncipe de Sulmona, y le dió los más suntuosos palacios de Roma y las villas más magníficas. Paulo IV era inagotable en larguezas para sus sobrinos; poseemos el inventario de los presentes de que los colmó: en primer término, piedras preciosas, plata labrada y tapicería, de que se despojó á los palacios pontificios para adornar las moradas de los sobrinos; despues vienen las especies, un millon en dinero contante. Si los Estados romanos eran miserablemente administrados, en cambio los parientes del papa administraban perfectamente su patrimonio: compraban bienes raíces; y para hacerlos valer se hacían otorgar mil privilegios por su tío el vicario de Cristo: los Borghesos se hicieron la más rica, la más podersa de las familias italianas; rivalizaron con los príncipes, ¿qué digo? su lujo eclipsaba la magnificencia de los reyes.

Cuando los papas eran viejos, los sobrinos se apresuraban á aprovechar su buena fortuna: el gobierno se convertía entonces en una codiciosa explotación, era una verdadera presa. Algunos años bastaron al cardenal Ludovico Ludovisio, sobrino de Gregorio XV, para formarse una renta en beneficios de 200.000 escudos: el hermano del papa tuvo en participacion las dignidades temporales; en poco tiempo los dos sobrinos sacaron de su tío una suma de 800.000 escudos en billetes de banco, y emplearon sus fondos en comprar ducados y principados. Bajo el pontificado de Urbano VIII rivalizaron los Barberinis en rapacidad con los Ludovisios. El hermano del papa, don Carlos, general de la Iglesia, decía que el dinero lo hacía todo en este bajo mundo, y él no dejó de acaparar cuanto pudo. Dos de sus hijos entraron en las dignidades eclesiásticas; Francesco, el cardenal sobrino, se hizo el favorito de su tío; sus beneficios, que en 1525 le daban una renta de 40.000 escudos, se elevaban á 100.000 dos años despues. Su hermano Antonio fué tambien promovido al cardenalato, pero sin obtener parte en el gobiernos; y como no tenía el poder, quiso, á lo menos, tener la riqueza, y se formó igualmente una renta de 100.000 escudos. Tadeo, el tercer hermano, tuvo las dignidades laicas, y acaparó tanto, que gozaba en 1635 de una renta en inmuebles de 100.000 escudos.

La casa Barberini era un modelo de economía. Bien pronto tuvo cada uno de los tres sobrinos una renta de medio millon de escudos; y se dice, la cosa parece casi increíble, que recibieron de su tío

(1) Tomamos los detalles que siguen tocantes al nepotismo de los papas de la obra de Ranke sobre el papado (*Fürsten und Völker*, t. IV, p. 17 y siguientes).

ciento cinco millones de escudos! Urbano VIII tuvo algun escrúpulo respecto de la legitimidad de sus vergonzosas profusiones, y encargó á una comision de teólogos que examinase su caso de conciencia. Estos dignos discípulos del Cristo comenzaron por sentar el principio de que, siendo el papa príncipe soberano, tenía el derecho de dar á su familia lo que quisiera economizar de sus rentas. Y cuando el jefe de la cristiandad acumulaba los beneficios por docenas en cabeza de sus sobrinos, ¿había tambien economías como príncipe? La comision se puso despues á calcular las sumas de que podía disponer el papa en toda conciencia, y estimó que le era permitido fundar un mayorazgo en su familia de una renta líquida de 80.000 escudos, y dar además una posicion decente á un segundon, y fijó la dote de las jóvenes en 180.000 escudos. Urbano consultó todavía al general de los jesuitas, el cual opinó que la comision habia hecho con mucha moderacion sus cálculos, y los aprobó completamente. Con esto se tranquilizó el Santo Padre y continuó prodigando dinero, beneficios y honores á sus sobrinos. Mas acercándose á la vejez, tuvo Urbano nuevos remordimientos, y reunió otra vez los teólogos que merecian toda su confianza, entre otros, un cardenal y un padre jesuita. Estos piadosos personajes aquietaron enteramente al papa, diciéndole que era una cuestion de honor para la santa sede que la familia de los papas tuviera una posicion digna de la altísima que ellos ocupaban.

Estas consultas, estas opiniones de teólogos eminentes son más vergonzosas que el nepotismo que pretendian excusar. Compréndese la debilidad de los papas por su familia, porque, por infalibles que se llamen los vicarios de Dios, son hombres, pero que esta debilidad se eleve á la altura de una teoría, y consagrada por doctores, cardenales, jesuitas es una prueba solemne de la decadencia del catolicismo. Recordemos las máximas de pobreza enseñadas por Aquel que los católicos adoran como Hijo de Dios, máximas que fueron practicadas por los padres de los primeros siglos, y que han quedado siempre como el ideal de los que aspiran á realizar la perfeccion cristiana; recordemos que las órdenes mendicantes, fundadas por santos, predicaron la pobreza, y áun la mendicidad, como constituyendo la esencia del cristianismo, y que su doctrina fué aprobada por bulas solemnes de los soberanos pontífices; recordemos que, segun la

confesion de todos los Padres, de todos los concilios, los bienes de la Iglesia no son su propiedad, que ella tiene solo la administracion y la distribucion, que los verdaderos propietarios son los pobres, que si todo cristiano está obligado á darles su sobrante, con mayor razon están obligados á ello estrictamente los beneficiados; ¡y veamos que las donaciones de los fieles, hechas para rescatar sus pecados, se emplean por el que se llama vicario del Cristo en enriquecer á hombres que no tienen otro título á esas larguezas que el azar del nacimiento! ¡Y esta dilapidacion criminal de una fortuna que no pertenece á los papas se declara legítima por los teólogos romanos! No nos tomaremos el trabajo de responder á la miserable distincion que los cortesanos del papado establecieron entre el jefe de la cristiandad y el príncipe de los Estados Romanos; el buen sentido popular le hace justicia. Recomendamos al papa y á sus consejeros la respuesta que dió un campesino á un rico prelado que, queriendo excusar su lujo, dijo que lo tenía como príncipe y no como obispo: "Y cuando el príncipe se vaya al diablo, preguntóle el hombre del pueblo, ¿dónde irá el obispo?,"

Diríase que la Providencia quiso presentar en toda su desnudez cuanto habia de vergonzoso en el régimen de los que osaban todavía llamarse vicarios de Dios. Comenzaban las mujeres á influir en las cortes de los reyes; ¿por qué no habian de jugar tambien su papel en la corte de Roma? Tenía Inocencio X por cuñada á doña Olimpia Maldachina. Era una mujer astuta que continuó dirigiendo los intereses de la casa Pamfili despues del advenimiento de Inocencio X á la silla de San Pedro. Los embajadores se presentaban á ella primero para atestiguar que le pertenecía el verdadero poder; los cardenales pusieron su retrato en sus departamentos, como era costumbre poner el del papa; y no tardó en advertir el mundo cristiano que habia en Roma un vicario del Cristo con enaguas; de todas partes se dirigieron los pretendientes á la papisa para obtener los favores de la santa sede; pero ella no otorgaba nada sino por dinero contante. "Se dice, escribe *Guy Patin*, que ella lo vende todo, lo toma todo y todo lo recibe," (1). Todas las dignidades de la Iglesia estaban en manos de una mujer que con ellas traficaba. "Ningun

(1) GUY PATIN, *Lettres*, t. 1, p. 31.

oficio de la corte, escribe un emisario veneciano en 1652, ningun beneficio eclesiástico se confiere sin el beneplácito de doña Olimpia; ningun obispo se nombra sino con su agrado, y el que más da es el que vence á sus concurrentes., Inocencio X dejaba hacer, y todo marchaba perfectamente, como si el Espíritu Santo hubiera tomado cuerpo en doña Olimpia; pero no hay dicha completa en este mundo ni áun para los vicarios de Dios. El hijo de la papisa era ya cardenal cuando quedó viuda la más rica heredera de Roma; inmediatamente se descardealizó don Camilo y se casó con la joven Aldobrandini. Doña Olimpia habia creído hacer un magnífico negocio; mas, desgraciadamente, la nueva quiso tener tambien su parte en el gobierno pontificio, lo cual le tocaba de derecho en su calidad de sobrina del papa, tanto más que su marido, el sobrino, era un bobo. ¡Hé aquí, pues, la guerra en la casa papal! Desde esa fatal union no hubo ya un instante de reposo para el viejo pontífice; puesto entre su cuñada y su sobrina, no sabía á cuál de las dos papisas debía escuchar: el pobre Inocencio, con ser infalible, fué toda su vida el juguete de la ambicion y de la codicia de dos mu- jeres.

El escándalo de semejante gobierno sublevó á los hombres á quienes quedaba un resto de pudor. Alejandro VII juró no recibir á sus parientes en Roma, y ya se ocupaba un padre jesuita en glorificar el heroísmo del nuevo papa, por haberse atrevido á desechar una tradicion consagrada por los más ilustres pontífices. Mas Pallavicini se habia apresurado demasiado á cantar las alabanzas de Alejandro VII. Unreverendo más avisado, el rector del colegio romano, despertó singulares escrúpulos en el vicario de Cristo, y logró persuadirlo de que era un pecado mortal descuidar los intereses de su familia, y lo convenció de que debía, so pena de su salvacion, llamar á sus sobrinos á la corte. Pallavicini se desquitó suprimiendo las páginas ya impresas, en que celebraba las virtudes cristianas de Alejandro. Quedaba una dificultad: el papa habia jurado no recibir á sus sobrinos en Roma. La dificultad era grande; pero los jesuitas conocen bien los medios de arreglarse con el cielo: aconsejaron á Alejandro que fuese á recibir á sus sobrinos á algunas leguas de Roma en el camino de Sienna. Contento de poder ganar su salvacion á tan poca costa, siguió el papa este consejo, y para expiar sus

pecados hizo llover á cántaros sobre sus parientes las dignidades y los beneficios (1); lo cual no le impidió tronar contra el nepotismo de sus predecesores. Si los jefes de la cristiandad, si los órganos infalibles de Dios creían que era de su deber dilapidar los bienes de la Iglesia, ¿por qué no habian de hacer otro tanto los cardenales? Se atuvieron á evitar lo mismo que el Santo Padre un pecado mortal; y todo el clero quiso ganar el cielo á la manera de los papas y de los cardenales. En suma, la Iglesia no pensó más que en saquear á los fieles y en gozar de sus riquezas.

Habia todavía discípulos del Cristo que tomaban en serio el ideal evangélico y que lo practicaban. Francisco de Sales, Berulla, el abad de San Cyran, Borromeo son los últimos santos del catolicismo: oigamos sus lamentaciones sobre la corrupcion del papado. San Francisco se quejaba en secreto de los desórdenes de la corte de Roma; en las dolorosas confidencias de la intimidad decía: "Hé ahí motivo de llanto, porque hablar de eso al mundo en el estado en que se halla es producir escándalo inútilmente. *Esos enfermos aman sus males, y no quieren curarse.* Hay que llorar y orar en secreto; que Dios ponga su mano donde no podrian ponerla los hombres., El cardenal de Berulla veía y deploraba como su amigo, el obispo de Ginebra, esos mismos abusos de la corte de Roma y hablaba de ellos á San Cyran, y se confirmaban recíprocamente en el silencio que los verdaderos hijos de la Iglesia debían guardar en vista de esos males interiores y de esas llagas intestinas que San Bernardo dijo hace seis siglos que eran incurables. Federico Borromeo, cardenal arzobispo de Milan, habia escrito un voluminoso libro en que se pintaban los desórdenes de la corte de Roma; "pero viendo todas las puertas cerradas á la reforma de los abusos, y que sólo Dios podía corregirlos por las vías extraordinarias de su Providencia, quemó su libro, convencido de que la verdad no serviría más que para producir escándalo y publicar los excesos de los que no querian cambiar de costumbres y se habian hecho más políticos que eclesiásticos," (2). Á fines del siglo XVII, un amigo de Pascal, tan distinguido por su piedad como por su

(1) BAYLE, *Dictionnaire*, en la palabra *Chigi*, t. II, pág. 160 y notas.

(2) *Mémoires pour servir à l'histoire de Port-Royal*, t. II, página 307 y siguientes.